

Capítulo 443

Visitante No Deseado

Camazotz había aprendido a ocultar su presencia, cada vez que llegaba al Sheol, pero eso no significaba que no recibiera muchas miradas.

Dondequiera que miraba, los dragones y los espíritus se detenían en medio de las calles, o sacaban la cabeza para mirarlo.

Su hostilidad era inquietante, incluso para él, que pasaba tanto tiempo cerca de la muerte.

Mientras intentaba ignorarlo, uno de los pasajeros que viajaba sobre su espalda comenzó a expresar su ansiedad.

"No me gusta esto... No creo que seamos bienvenidos aquí".

"Está bien... lo más probable es que no sea tan cruel e irracional como quiere que piensen el resto de los dioses".

"¿Estás seguro...?"

"...No."

Camazotz llevó a sus pasajeros hasta el castillo flotante en el cielo, y una vez más se maravilló de su esplendor.

Sin embargo, sólo pudieron acercarse un poco, antes de que comenzaran a sentir una sensación de peligro abrumadora.

No podían ver ningún enemigo, pero podían sentir muy claramente que estaban a su alrededor.

Numerosas presencias parecían estar esperando que hicieran el movimiento equivocado y les dieran una excusa para acabar con ellos.

"Perséfone..."

-Está bien. Llévanos abajo, Camazotz.

"Como desées."

El dios murciélago voló hacia la pasarela de piedra blanca que conducía a las puertas del castillo y caminó con cuidado, para que los guardianes invisibles





que lo rodeaban no percibieran ninguno de sus movimientos como hostil o furtivo.

Las puertas de entrada se abrieron solas y Camazotz entró a cuatro patas, sin dudar. ¡El atractivo de la buena comida fue un motivador mayor que el miedo a la muerte!

Aunque había pasado un tiempo desde su última visita, todavía recordaba el camino a la sala del trono, como si hubiera llegado allí ayer.

"Estoy nervioso..."

"Ya es demasiado tarde para dar marcha atrás... ya estamos en su casa".

"Que el cielo nos ayude..."

Camazotz finalmente atravesó el último par de gruesas puertas incrustadas de joyas y entró nuevamente al gran salón.

A diferencia de antes, esta vez no encontraron varias mujeres sentadas en los tronos.

En cambio, sólo había un hombre, dos mujeres jóvenes y... ¿un bebé?

'Tan lindo...'

Mientras Perséfone estaba concentrada en el niño, que intentaba comerse su propio puño, Camazotz no podía apartar los ojos del hombre que había venido a ver.

Abaddon parecía la imagen de un dios antiguo, según un libro de texto.

Estaba recostado en su gran trono de piedra, como un dragón enroscado, vestido únicamente con una larga falda ceremonial roja, con una borla dorada envuelta alrededor de su abdomen.

Las joyas que brillaban en su cuerpo se hacían aún más radiantes, gracias a su reluciente piel de bronce oscuro, que de ninguna manera era inferior a los propios metales preciosos.

Su cabello rojo sangre todavía era largo y ardiente, pero parecía haber sido cortado recientemente.

Ahora sólo le llegaba hasta la parte posterior de las rodillas, en lugar de hasta los tobillos como antes.

Su cabeza descansaba tranquilamente sobre su mano izquierda y todo su cuerpo parecía exudar un aire algo relajado y tranquilo.



De pie, en lados opuestos de su trono, estaban dos mujeres jóvenes, que eran casi tan hermosas como él.

Apareciendo entre las edades de diecisiete y quince años, la mayor parecía más alegre y juguetona, con su cabello rubio y brillantes ojos morados, y la más joven parecía mucho menos accesible, con cabello blanco como la nieve y ardientes ojos rojos.

Ni siquiera el pequeño bebé que tenía entre sus brazos podía hacerla parecer cálida y amigable.

Perséfone finalmente se deslizó desde la espalda de Camazotz y la mujer a su lado hizo lo mismo.

—Saludos, Abaddon... y... no sé cómo dirigirme a ustedes dos. —Perséfone no sabía si las jóvenes que se pegaban tan cerca de Abaddon eran doncellas o asistentes o incluso amantes.

Ella no quería ofenderlo confundiendo sus títulos.

—Éstas son tus hijas... ¿no? —adivinó una mujer.

La mujer que estaba al lado de Perséfone dio un paso adelante; había una clara curiosidad en su rostro.

Parecía bastante mayor que ella, con una piel de color oliva intenso y un cabello negro ondulado a juego.

Sus ojos eran de un azul cerúleo, tan profundo que eran casi púrpuras, y complementaban muy bien su vestido de encaje color lila.

Hilos de trigo dorado ornamental y flores estaban entretejidos en su cabello como símbolos de su identidad.

Abaddon miró al suelo y se dio cuenta de que ella era la única persona que había conocido aparte de él y Eris, que hacía que las flores florecieran con solo tener sus pies tocando el suelo.

—Lo son —respondió Abaddon en un tono algo frío.

Sin embargo, Deméter parecía no darse cuenta de esto, y continuó mirando a Thea con algo parecido al misterio.

Fue como si un niño de jardín de infantes estuviera tratando de resolver ecuaciones cuadráticas por primera vez.

Apenas podía siquiera empezar a comprender lo que estaba viendo.

—No quiero entrometerme, pero ella es humana, ¿no? Y, sin duda, es de tu sangre...





¿Cómo puede ser?

Abaddon se levantó de su trono y de repente sus ojos se volvieron drásticamente más intensos que antes.

"Tendrás que perdonarme... No tengo la costumbre de discutir las complejidades de mi familia con extrañas que merodean por mi casa".

Inmediatamente, los tres dioses no invitados se pusieron tensos.

—N-no quisimos faltarte el respeto, Abaddon —dijo Perséfone nerviosa—. Solo quería presentarte a mi madre y...

-No estoy hablando de tu madre, Perséfone.

""...¿Perdón?""

Abaddon tomó a Straga de las manos de Gabbrielle y casualmente pasó sus manos con garras por el corto cabello negro en la parte superior de su cabeza.

"El Sheol es más que mi hogar, es una extensión de mí mismo y por eso soy omnisciente y omnipresente aquí.

¿Entiendes? En mi mundo no hay nada que se me esconda, incluso si pudieras evadir la atención de estos tontos descuidados.

En ese momento, una araña negra muy, muy pequeña saltó de la parte trasera del pelaje de Camazotz y se dirigió directamente hacia la puerta principal.

"Chicas."

"¡Lo sabemos!"

Gabrielle chasqueó los dedos y una pared de llamas blancas abrasadoras se disparó hacia la puerta, bloqueando la salida y aumentando la temperatura de la habitación a niveles insalubres.

La pulsera de Thea brillaba con una extraña luz gris y un zarcillo de metal líquido brotaba de la gema en el centro.

Todo el cuerpo de la araña quedó envuelto en la sustancia líquida, que rápidamente se endureció y detuvo todos sus movimientos, dejando solo su cabeza al descubierto.

Con un movimiento de su mano, Thea trajo a la criatura de regreso al pie del trono de su padre, subyugándola sin siquiera despeinarse.

"Oye, oye... no saquemos las cosas demasiado de lugar, ¿sí?"



Tan pronto como los tres dioses escucharon la voz de la araña, una mueca unánime apareció en todos sus rostros.

"Mierda.."

"Abaddon, no sabíamos que él era..."

"Camazotz se lo comerá felizmente para limpiar este desastre, ¡aunque no le gusta la sangre de araña!"

La araña emitió un chasquido con los dientes y su cuerpo empezó a crecer, dentro de sus grilletes confinados.

"Ustedes dos parecían estar tramando algo interesante, así que decidí seguirlos por instinto, pero ¿quién habría imaginado que era algo así...? Traviesas, traviesas".

Arrodillado en el suelo de la sala del trono de Abaddon, había un hombre calvo, con piel muy oscura y ojos completamente blancos.

A diferencia de una persona normal, tenía cuatro piernas y cuatro brazos, que recordaban a una araña.

Sonrió nerviosamente al dragón sentado en el trono y reveló colmillos puntiagudos en su boca, que parecían venenosos.

"Es un placer conocerte, Dragón. Soy..."

"Anansi. Del panteón Akan."

"¿Has oído hablar de mí? ¡Espero que todo esté bien!"

"Mhm. Dios del conocimiento, las historias, los engaños y la sabiduría. Hijo de Nyame y Asase Ya".

Los ojos blancos de Anansi brillaron intensamente, con destellos de esperanza.

"A tus órdenes, Abaddon. ¿O prefieres a Vovin? ¿Muriel? ¿Apollyon? Big Dadd..."

"Deja de hablar."

Una mano de sombras se extendió, agarrando con fuerza al dios araña por la cabeza, y comenzó a aplicar una cantidad poco saludable de presión sobre su cráneo.

"¡G-Gah! ¡Está bien, está bien, no más bromas! ¡Misericordia!"

"¿Misericordia?"





Abaddon se levantó de su trono y colocó al pequeño Straga en el asiento en su lugar.

Sus pies descalzos lo llevaron hacia la araña sometida, y con cada paso su presión se hacía cada vez más insuperable y asfixiante.

"Debo admitir que tienes algo de descaro. Colarte en la casa donde mis hermanas vienen a descansar y donde mis hijos reposan sus cabezas...

Ha pasado mucho tiempo desde que sentí tanta falta de respeto venir de un cachorro del cielo. Y ahora, tienes el descaro de venir aquí y pedirme... misericordia".

Anansi sintió como si todo su pecho fuera a hundirse, con cada segundo que permaneciera en presencia de Abaddon.

Su padre era un aspecto de la deidad creadora, pero ni siquiera él lo hizo sentir tan indefenso.

El dragón era verdaderamente un monstruo sin igual.

"¡Quiero hacer contigo el mismo trato que hicieron estos tres! ¡Quiero unirme a tu cruzada contra el resto de los dioses!"

"¿Ahora vienes con esas? Es gracioso."

Abaddon desplegó sus alas desde su espalda y Anansi sintió que iba a vomitar.

Eran cosas terriblemente inquietantes, con un lado correoso y demoníaco y el otro plumoso y angelical.

En cada una de sus ocho alas, un ojo gigante se abrió, directamente en el centro. Algunos eran como cabras, otros eran reptiles y un par eran humanos.

Cada uno de ellos era de un color diferente al anterior y producían una impresión igualmente inquietante.

Pero fue cuando empezaron a brillar que Anansi realmente sintió miedo.

Con su brillo desconcertante, los ojos dentro de las alas lo despojaron de lo que él consideraba su mayor habilidad.

El talento de mentir.

"¿Por qué no nos cuentas a todos hasta qué punto llega tu sinceridad?"

Anansi sintió que su boca empezaba a moverse contra su propia voluntad, y en el fondo sabía que su vida ya no estaba garantizada.

